

# CLAVES

Revista de Filosofía y Letras

DE RAZÓN PRÁCTICA

Año 1993  
Publicaciones N.º 51

J. F. LÓPEZ AGUILAR

La independencia de los jueces

JOSEP M. COLLIVERA

La vía cubana a la democracia

CAMILO J. CELA CONDE

¿Existe una cosa llamada mente?

La piedad en Cioran

La tercera cultura

FLORENCE BOURGEOIS

El individuo libertario



Ulrich Im Hof  
*La Europa de la Ilustración*  
(Versión española de Bettina Blanch)  
Crítica, Barcelona, 1993

Lucio Caracciolo (ed.), R. Dahrendorf,  
*La democracia en Europa*  
F. Furet y B. Geremek  
(Versión española de Diana Segarra)  
Alianza, Madrid, 1993

Jean-Marie Domenach  
*Europe: le défi culturel*  
La Découverte, París, 1990

# EUROPA: PENSAR SIN FRONTERAS

PALOMA GARCÍA PICAZO

Prestando oídos a la premonición poética de lo que serían sus símbolos cuatro siglos más tarde, Luis de Góngora pudo componer (entre 1609 y 1617) lo siguiente, para relatar, como *Soledad primera*, el rapto de Europa —la princesa fenicia, hija del rey Agenor— por Zeus, metamorfoseado en toro:

“Era del año la estación florida / en que el mentido robador de Europa / (media luna las armas de su frente, / y el sol todos los rayos de su pelo), / luciente honor del cielo, / en campos de zafiro pace estrellas...”

Mencionó la florida estación del año, es decir, el mes de mayo (el *Taurus* zodiacal), que es aquél en que se conmemora la festividad europea (*Día de Europa*), y prefigura sorprendentemente la actual bandera europea: campos de zafiro (azur heráldico) y las estrellas (doce, de cinco puntas).

La “Europa ilustrada”, como puede verse, avanza desde el siglo XVII siempre precedida de sus *ilustradores*, los intelectuales europeos. Hace apenas un año que Pierre Bourdieu, uno de los más lúcidos del presente, utiliza el término “productores culturales”, a los que adjudica el título de ser “una de las fuerzas más importantes de la sociedad” (*El País*, 30-4-1994). Embarcado en el proyecto de constituir una “instancia internacional” (parlamento internacional de escritores) que agrupe los esfuerzos de los intelectuales para realizar con eficacia su oficio de pensar y de transmitir los resultados de su acción,

evoca a dos de los enciclopedistas, Diderot y D’Alembert, que, sin estar de acuerdo, cooperaron en “uno de los episodios más bellos de la historia de la humanidad”. Enciclopedia e Ilustración forman un par indisoluble: tienen la ventaja de iluminar el pasado común de los europeos con un talante templado, estimulante para el ingenio y apaciguador de los ánimos exaltados. Sus contenidos son parte de Europa.

## Los ‘ilustradores’ de Europa

Imaginar un continente sin contenido es, por lo demás, imposible. Europa, así contemplada, es un *producto*, surgido de forma directa en la mente de los pensadores de la Ilustración, que, no obstante, tampoco fabulaban con exceso acerca del continente en el que habitaban. La implantación social de los intelectuales como estamento social era bien concreta: este aspecto ha sido magníficamente desarrollado por Norbert Elias como parte integrante de su “proceso de la civilización”. Lo define en cuanto a sus características como un elemento social situado a caballo entre la nobleza, los clérigos y la burguesía (este determinante era el mayoritario en cuanto a su origen, no tanto en cuanto a sus aspiraciones). En lo que se refiere a su adscripción “nacional”, ésta se definía “dinásticamente”, por cuanto los intelec-

tuales quedaban sujetos al condicionamiento y las limitaciones de estar sometidos al arbitrio de un soberano, siempre dentro del sistema político absolutista.

Para escapar, en parte, a tales constreñimientos, quedaban dos recursos de tipo voluntarista. Uno era el viejo sueño platónico que aspiraba convertir al príncipe en filósofo, aunque Kant, en su ensayo sobre *La paz perpetua*, afirmaba que “no hay que esperar que los reyes se hagan filósofos ni que los filósofos sean reyes” ni tampoco “desearlo”, puesto que la “posesión de la fuerza perjudica inevitablemente al libre ejercicio de la razón”. El papel de “la clase de los filósofos” es el de avisados consejeros, situados por encima de las banderías y las facciones políticas. Quedaba aún un remanente de esperanza para poder imaginar un príncipe, un *déspota* en el buen sentido, iluminado por las virtudes —especial, el buen criterio y el sentido común— que fuese lo bastante razonable para procurar su propio beneficio a partir del bienestar de sus súbditos.

La segunda vía de escape es lo que *ex post* puede denominarse como “Europa de la Ilustración”, localizada como *continente* y como *época* más que como *contenido*, cuyo rasgo esencial es el de ser *ilustrada* más que el de ser  *europea*. In *abstracto*, habría que definirla como “república literaria”, espacio imaginario en el que los pensamientos, libres por una

vez, pudiesen fluir con entera soberanía: “Quien puede pensar con libertad piensa bien”, decía Albrecht von Haller. Los límites de ese espacio serían los de la razón; el acceso al mismo vendría determinado por esa misma cualificación. La denominación “república literaria” (Diego de Saavedra Fajardo, Alcalá de Henares, 1670) o *république des lettres* (Pierre Bayle, *Nouvelles de la république des lettres*, Amsterdam, 1684), que se refería inicialmente a la crítica filosófica y literaria, obtendrá, a lo largo del siglo XVIII, una nueva significación, basada en la “fe común en la Ilustración y el uso común del francés”, según Hans Kohn (*Historia del nacionalismo*). Los estadistas y pensadores de todo el continente europeo se mantuvieron en estrecho contacto epistolar. Esta relación se situaba por encima de cualquier contingencia bélica, rivalidad política o incompatibilidad dinástica. Descartes, Leibniz, Maupertuis y Condorcet plantearon la necesidad de una lengua universal: el griego y el latín de la *universitas* de origen medieval tendrían que ser sustituidos por un vehículo “vivo” y adaptado al presente.

## Espacios imaginarios: el arte de dialogar

El *espacio* imaginario así constituido conformaba una especie de recinto ideal en el que era posible discutirlo todo: nada de lo humano escapaba a la mirada crítica.

Lo divino se humaniza y se atempera; se aprende el difícil arte de dialogar. Las disputas se resuelven “por elevación”: siempre es posible ascender un escalón más en el grado de abstracción, de tal manera que una contradicción irresoluble en el terreno de lo concreto se disuelve en un principio de tan amplio alcance que sus aristas se liman y dejan de hacer daño. Tal es el efecto bienhe-



chor de las "Luces", signo de una inteligencia superior que no se pierde en las minucias. La opinión pública (libros y revistas), los salones, las academias, las sociedades, los clubes, los ateneos... comienzan a florecer por toda Europa. Grandes damas y generosos señores ejercitaron el noble oficio del patronazgo de las artes, las letras, el pensamiento. Les guiaba la curiosidad intelectual, pero también una disposición muy de época: el sentido de la utilidad. Se partía de la precariedad de la condición humana, pero quedaba abierta la posibilidad de mejorarla: es el genérico y optimista concepto del "progreso". Como es evidente, de tales actividades se desprendía la virtualidad de producir cambios notables, incluso revolucionarios, en la sociedad, pero éstos ayudarían precisamente a controlarla mejor: el "buen gobierno" quedaría reforzado al suprimir la eventualidad de las grandes epidemias, las hambrunas, las persecuciones religiosas; en suma, las fuentes más comunes de desorden y caos social. Parecía razonable imaginar que unos súbditos que viviesen en buenas condiciones, que estuviesen bien alimentados y vestidos, instruidos, ocupados en sus oficios, disponiendo de ciudades saneadas, con carreteras seguras y un comercio floreciente, contribuirían en mucha mayor medida a la grandeza del soberano y de la nación (entendida todavía como su patrimonio familiar). La templanza de los sentimientos religiosos, dirigidos hacia un suave *deísmo* universal, supondría una herramienta utilísimas para el buen gobierno: la integración de los judíos emancipados (M. Mendelssohn, *Jerusalem*; G. E. Lessing, *Nathan el Sabio*), la libre emigración de los grupos religiosos disidentes, la mitigación de ciertas posturas doctrinales, son todos fenómenos que se produjeron en esta época.

Tal ideal, que es genéricamente el de "las Luces", la "Ilustración" o la *Aufklärung*, fue europeo en tanto en cuanto surgió en la mentes de los pensadores y fue compartido por la mayoría de los soberanos de Europa. En ningún momento se planteó como una idea política que agrupase a las naciones del continente en torno a un sistema, también político, común. Carantonio Pilati reconocía, hacia 1770, que existían "aspectos que acercan a los distintos países de Europa" y que él definía como "la moral, los principios religiosos básicos y los principios legislativos", aunque la presencia de diferencias sustanciales no podía ser ignorada en ningún caso: éste sería el ámbito contingente de los gustos, las costumbres, el carácter, las pasiones, el clima, el relieve del suelo...

La regulación de la convivencia de los distintos Estados europeos vendría dada por una especie de armonía natural que se suponía existente y cuyas reminiscencias evocaban el más puro talante grecorromano. Bastaba conocerla y dejar que se manifestase. El conocimiento correcto de las reglas universales que presidían el funcionamiento de la naturaleza y que, por el momento, estaban ocultas, envueltas en la superstición, la oscuridad, los prejuicios y la ignorancia de los "siglos góticos", era el requisito principal para iniciar cualquier tipo de actuación. El "libre pensamiento" era un riesgo que las dinastías corrían con gusto, pues, en el fondo, el poder emancipador de la razón quedaría atemperado por su mismo carácter: aún quedaba vivo el recuerdo de los excesos pasionales del siglo XVII —la Guerra de los Treinta Años— y sus terribles consecuencias en suelo europeo. La memoria, colectiva en este caso, es sumamente útil para edificar la conciencia histórica del presente, aunque como señala

Ernest Gellner con ironía y acierto (*Cultura, identidad y política*), ésta se nutre también de la "amnesia colectiva", que puede ser provechosa en extremo, sobre todo en tiempos de crisis. Recordar la Europa que fue, con sus aciertos y sus errores, puede servir para imaginar la Europa que será. El diseño de Europa parte siempre de sus bases reales, de lo ya conseguido. La Unión Europea, ampliada con la incorporación de Finlandia y Suecia, se ha extendido también hasta Austria, una de las claves que abren la Europa Central y del Este, que es la que contempla el futuro con mayor incertidumbre, aunque también con mayores expectativas. Permanece la incógnita de Suiza, país sobre cuya *europicidad* no cabe la menor duda, pero que se mantiene en las orillas del proceso de construcción europea, aun cuando ocupa el centro del propio centro del continente.

### La patria de Rousseau

La *Europa de la Ilustración*, descrita y escrita por Ulrich im Hofes, en buena parte, la Europa vista y soñada por un suizo, tal vez la nacionalidad más *sui generis* de Europa. Situada en el propio centro del continente, es cosmopolita y nacionalista, a un tiempo. Popular y solidaria en sus bases, está profundamente jerarquizada en su organización social. Perfectamente comunicada, sin embargo, permanece aislada en cierta forma por su abstrusa orografía. Posee una sociedad pluricultural y plurilingüística, pero se define de forma monolítica en cuanto a sus propias tradiciones. Es internacionalista de vocación y origen, y, sin embargo, se muestra remisa a integrarse en cualquier forma de organización política internacional. Cuna del pacifismo y del humanitarismo, cuenta con uno de los ejércitos mejor dotados, más sólidos

y cohesionados del mundo. Es un refugio tradicional de perseguidos, pero, a la vez, es la más celosa defensora del estatuto de nacionalidad de sus habitantes. Tolerante en materia de religión, no obstante, es también la patria de uno de los movimientos religiosos más intransigentes en cuanto a pureza moral y doctrinal, como es el calvinismo... Todas estas definiciones cuadran bien con Suiza, un país aparentemente contradictorio y, por esa misma razón, dotado de una extraña coherencia interna, que le hace mantenerse igual a sí mismo desde la Edad Media, pasando casi milagrosamente por encima de las contingencias históricas que asolan a todos sus vecinos y que, sin que tampoco parezca obedecer a una casualidad, constituyen el núcleo germinal de la Europa comunitaria.

Suiza puede ser vista como una Europa en miniatura, que vive sin sobresaltos. Dornach reivindica las virtudes de un "sobresalto teórico de los pensadores" (propuesto, a su vez, por J. Vidal Beneyto) que, conjuntamente con la "interiorización de Europa" y la "creación de centros de excelencia", sirviera, si no para abolir los sentimientos de referencia, sí para permitir el acceso a "una región de humanidad superior a tales diferencias". En ese ámbito, Europa, sin desconocer sus fronteras, puede permitirse el lujo de ignorarlas.

¿En qué medida la Europa de hoy surge de la Europa de ayer? ¿Hasta qué punto la Europa de hoy es una realidad prevista con anterioridad o responde a una suma de circunstancias más o menos azarosas?

### Tres europeos en busca de Europa

La idea de "construir Europa" aporta, en buena medida, la clave de la cuestión, puesto





Ralf Dahrendorf

que si es preciso hacerlo, es porque tácitamente se piensa que no había existido antes. Pero la visión de las dos guerras mundiales como dos "guerras civiles" europeas —que es la que mantiene François Furet— retorsiona este argumento sobre sí mismo. Aunque sea sobre esa base polémica, la devastación de Europa derivada de las dos grandes confrontaciones, obligó a reconsiderar los fundamentos políticos, económicos, sociales y culturales que habían conducido a aquella situación. Aprender de los propios errores denota sabiduría y Europa es depositaria de un acervo cultural lo bastante antiguo y consolidado como para poder hacer frente a su pasado con corazón, pero también con razón. Europa, vista con desapasionamiento y realizando un esfuerzo de autoanálisis, es un semillero de conflictos, por ser la cuna, no ya sólo de las principales ideologías que han conmovido al mundo, sino del propio concepto de ideología. La "ló-

gica de una idea" —según la irónica aproximación de Hannah Arendt (*Los orígenes del totalitarismo*)— puede ser, en ocasiones, sumamente perversa, sobre todo si lleva a un *cul de sac*: son las "ideologías sin salida" de las que hablan Furet, Geremek y Dahrendorf. Conocemos las "ideologías sin salida", del pasado, pero en la actualidad se puede asistir a la aparición de otras nuevas. El desaliento es su terreno abonado. ¿Qué hacer, para combatirlo con sinceridad y valentía?

### 'Modus vivendi'

En los últimos tiempos, parece que algunos europeos están cansados de oír hablar sobre Europa: este cansancio se refiere en mayor medida al modo en que se habla sobre Europa que al tema en sí mismo. Europa es fuente inagotable de diálogo y discusión. Mal tratada (y "maltratada", en consecuencia), manejada como si fuera un estereotipo, desconocida en

su riqueza de contenidos y en su prometedora realidad, Europa puede llegar a adquirir los caracteres de un tópico. Y todo el mundo sabe que no hay cosa más gris ni menos atractiva que un lugar común.

Sin embargo, jugando con el lenguaje, también puede decirse que Europa es el "lugar común" donde los europeos han convivido durante siglos y donde está teniendo lugar uno de los procesos políticos y sociales más apasionantes de la historia reciente, el de su integración comunitaria-unitaria (desde diversas perspectivas). La principal razón de la importancia que los temas europeos revisten, como condición necesaria, en la mayoría de las reflexiones políticas acerca del presente para muchas personas, estriba en que afectan de forma directa a sus vidas, a su propia cotidianidad. Europa es, de manera primordial y con independencia de sus logros institucionales, una forma de vida, algo que se construye individual y colectivamente a partir de algunos referentes ideales (lo que podría denominarse en cierta forma "europeidad"), pero también muy concretos: un ejemplo comprensivo de ello sería la pervivencia de un urbanismo antiguo junto con la tecnología más moderna en armónica y deseable convivencia.

Las ideas (o los ideales, con todo su potencial de acción y creatividad) nacen en contextos sociales determinados; que muevan o que conmuevan depende también de ellos.

Durante los años transcurridos entre 1986 y 1992 —periodo que va desde el Acta Única y la adhesión de España y Portugal a la aún entonces Comunidad Europea, hasta la firma del Tratado de Maastricht— se ha asistido a una verdadera eclosión de entusiasmo europeo, nublado en los últimos tiempos. El espíritu, inicialmente optimista, de Maastricht ha debido hacer frente al

tenebroso fantasma de Sarajevo, jugando con las socorridas metáforas lumínicas de las que tanto se abusa al hablar sobre Europa. Determinados fantasmas del pasado totalitario han ensombrecido también la convivencia cívica en algunas naciones europeas con episodios de racismo e intolerancia. Pero precisamente del hecho de que llamen la atención, es de donde hay que extraer la conclusión más positiva: en modo alguno se trata de una violencia tan absoluta y generalizada como la que ha conocido Europa en otras etapas de su historia. Y, sobre todo, no hay que preparar el terreno para que se extiendan.

En el punto medio del periodo señalado anteriormente (1986-1992) pivota uno de los acontecimientos más decisivos del siglo, la denominada "caída del muro" de Berlín. Lo que en 1989 fue bautizado con asombro y alguna incredulidad como "suceso histórico" —aunque *ex ante* se ignoraban sus consecuencias y su alcance real— llegó a serlo en realidad. Durante el periodo de la guerra fría, Europa llegó a ser considerada como una "tercera vía" política y social; la virtual *convergencia* entre el Este (comunismo) y "Occidente" (en su acepción ideológica) se producía precisamente en su ámbito. La fórmula magistral de la "economía social de mercado" (acuñada por Alfred Müller-Armack y aplicada con éxito por Ludwig Erhard para la reconstrucción de Alemania, como relata Dahrendorf), unida al concepto de "Estado social de derecho", fue la base del modelo europeo de sociedad, en el que el capitalismo quedaba atemperado con una previsión social redistributiva y equitativa. Desaparecido el comunismo, la consagración del capitalismo en su versión neoliberal como única vía, parece consolidada. No obstante, tal como sugería Fukuyama en su ubicuo ensayo sobre *El fin de la historia*, la vinculación





intrínseca entre capitalismo y democracia liberal no es una tesis que se sostenga por sí misma. Existen, de hecho, alternativas capitalistas autoritarias que se desenvuelven con éxito en unas coordenadas mundiales marcadas por la extrema competitividad comercial internacional. Europa vuelve a estar situada de nuevo en una *tercera vía* alternativa que ya no es tanto ideológica, en sentido estricto, sino más bien social y cultural, esta vez, entre Estados Unidos y Japón (o Extremo Oriente) y sus respectivos modelos de vida.

Éste es uno de los debates más apasionados e intensos del presente. El pragmatismo y la eficacia estadounidenses pierden fondo por la vía contradictoria del despilfarro de recursos y la desatención a las crecientes bolsas de pobreza que aparecen en medio de su resplandeciente *way of life*. La competitividad y el perfeccionismo extremo-orientales olvidan con frecuencia el valor de la dignidad de la vida humana *en y por sí misma*, al condenar a los individuos a desenvolverse en unas condiciones laborales que, como mínimo, hay que calificar de mezquinas. Se plantea, entonces, el término "calidad de vida" en sentido auténtico, sin derroches, pero también sin carestías. Una sociedad hecha a la medida del hombre, como era el viejo sueño de Leonardo, como después lo intentó arquitectónicamente—y con menor fortuna—Le Corbusier. Ésa es, en buena medida, una de las cualidades/calidades de Europa, que debe mantener para conservar su propio carácter. La creatividad de todos los europeos es la que tendrá que ponerse en marcha para resolver este dilema.

### El desafío cultural

Europa, deshecha y rehecha tantas veces, crece cada día (o

cada noche) como la tela de Penélope, rodeada de pretendientes codiciosos y animada de un talante perseverante y fiel. Europa surge varias veces en el siglo XX, y lo hace entre alambradas de espino, trozos de cemento, algunas briznas de hierba y, sobre todo, en las miradas, en las manos, en el agitado movimiento de sus gentes.

Para que haya habido *concierto* europeo, primero ha tenido que producirse el *desconcierto* de muchos europeos, y este juego de palabras no alude sólo a situaciones históricas, sino muy especialmente a la Europa del presente, a la que alberga a varios cientos de millones de personas que, habiendo edificado sus vidas sobre unos valores de diverso signo—aunque coincidentes en muchos de sus rasgos generales—que les han sostenido durante décadas, ven que éstos están amenazados. La especificidad de *lo europeo* se manifiesta en múltiples campos: la diversidad no está, en este aspecto, reñida con una cierta unicidad. Esta apreciación resulta válida para los diversos contextos sociales, políticos, económicos y culturales de Europa, pues en todos ellos se asiste a una mutación y a una puesta en cuestión crecientes de las condiciones generales de la existencia.

El recurso más fértil se basa en la propia tradición intelectual europea. Frente al fatalismo o el atavismo; la razón y el sentido común son buenos antídotos. Cabe preguntarse, en consecuencia, si la Europa que renace cada vez de sus cenizas, es la *misma* Europa (lo que da lugar a interrogarse sobre su existencia, como tal, en el pasado) o se trata de una *nueva* Europa en cada ocasión (algo que suscita ciertas inquietudes respecto de su consistencia presente o futura).

El trasplante de modelos americanos—o mejor aún, de *hipótesis* americanas, pues ni siquiera durante la *era Reagan*

tuvo plena vigencia el modelo neoliberal absoluto—a suelo europeo es problemático, en parte porque lo que caracteriza a Europa es su exceso de *carga histórica* por habitante, lastre que en América es mucho más liviano y que, en cualquier caso, tiene una apariencia mucho más coherente. El pasado común de América, surgido "de Europa", pero también "frente a Europa", actúa de incentivo para imaginar un "destino común", que es la base ideológica del "patriotismo americano", fenómeno que cualquiera puede observar en la vida cotidiana de Estados Unidos, por poner el ejemplo más claro. Edgar Morin (*Pensar Europa*) llega a decir que lo que une a los europeos, es decir, su historia común, es precisamente lo que les desune. Frente a la "historia común" (como pasado) habría que articular las bases de un "destino común" (como futuro), y aquí habría que dejar aflorar las pasionales "razones del corazón", es decir, aquellos argumentos que, siendo razonables, posean también un componente afectivo, sensible, capaz de conmover y provocar el "deseo" de la Europa unida entre los europeos.

En este sentido, el debate que sobre cuestiones europeas sostengan un francés (Furet), un alemán (Dahrendorf) y un polaco (Geremek) será siempre interesante, puesto que representan a tres de las naciones que han mantenido las relaciones más complejas y difíciles a lo largo de la historia del continente. Significativo resulta, en todo caso, que estos tres Estados (Francia, Alemania y Polonia) hayan intercambiado comisiones de historiadores y grupos de jóvenes estudiantes desde la última posguerra, en un intento valiente por deshacer malentendidos, suspicacias y prejuicios cara a las futuras generaciones.

En las circunstancias actua-

les, el principal interés de Furet, Dahrendorf y Geremek está centrado en aportar las bases críticas para la definición de unos fundamentos de lo que podría ser "Europa"—sin ignorar, en cualquier caso, lo que ya es—en especial, apelando a sus contenidos de tipo cultural. Este punto no se plantea, por el momento, como cuestión *alternativa* (en vista del apagado papel que desempeñan las *vanguardias* en este terreno en la actualidad), sino como preocupación sustancial. Éste es el razonamiento profundo que inspira también a Domenach cuando trata a Europa como un "desafío cultural". En este punto, cabe advertir un riesgo latente: el retorno a los orígenes culturales de Europa, que se realiza desde diversos campos, conexos, en cierta medida, con algunas formas de integrista, denota rasgos regresivos peligrosos. Como repliegue sentimental, esta actitud resulta poco convincente desde un punto de vista intelectual; no tanto desde otras perspectivas más pragmáticas, teniendo en cuenta que las huidas hacia delante de corte *progresista* han sufrido un fuerte desgaste en los últimos tiempos.

La noción tal vez más idónea sería la de avance *progresivo*, fundado en el concepto de "sociedad abierta" acuñado por Karl Popper (tríada que cabría completar con *Los orígenes del totalitarismo*, de Arendt, ya citado, y *Camino de servidumbre*, de Hayek), que permite abordar el diseño de la sociedad desde una perspectiva global, que incorpora en su concepción algunos de los postulados más exigentes de la epistemología científica. Las connotaciones thatcherianas, latentes en algunos de los postulados anteriores (desde el momento en que Hayek ha manifestado públicamente que Margaret Thatcher ha sido su mejor discípula), serían susceptibles de una ulterior elaboración crítica. No se trata, en ningún



caso, de una tarea fácil, pero de ahí deriva su enorme atractivo. Es posible, además, intentar recuperar el tesoro cultural europeo más valioso de todo el siglo: el Círculo de Viena (junto con sus prolegómenos y sus epílogos). La dispersión de los intelectuales de Europa Central por todo el mundo, especialmente en el universo anglosajón y que fue una de las consecuencias del triunfo de los totalitarismos, ha supuesto el enriquecimiento de la humanidad entera, puesto que sus aportaciones en todos los campos del saber —desde el arte y la filosofía, hasta la psicología, el derecho, la física, la economía, la cibernética, la biología...— han revestido un alcance universal.

El *déracinement* de aquellos europeos (en palabras de Jean-Marie Domenach, autor de *Crepúsculo de la cultura francesa*, el ensayo reciente más devastador y polémico en Francia) configura, precisamente, lo que podrían considerarse las raíces de lo europeo en la actualidad; un referente de primer orden a la hora de intentar delimitar los valores de la "identidad europea", no sólo en sentido cultural, sino también moral. La Europa del pensamiento es —ha sido siempre— una Europa sin fronteras; una Europa que se percibe de inmediato, que se conoce y que se siente como próxima. Es también una Europa que se añora.

Tal sentimiento podría servir para provocar el "deseo de unidad" en Europa, verdadero desafío cultural en el que los intelectuales pueden jugar un gran papel (o un papel, al menos) frente a aquellos que, parafraseando a Adorno, sienten la tentación de quitarle el seguro a sus armas cuando escuchan ciertas palabras, como "intelectual". La Europa que se une lo hace no "bajo una hegemonía" —según la inteligente apreciación de Domenach— sino "contra las hegemonías". "Comunidad de destino" o no,

en frase de Nietzsche, debe definir primero qué clase de "comunidad" y qué especie de "destino" son los que le corresponden. La "Europa acumulativa" es el reflejo de un proceso en el que la suma, más que la multiplicación, representa la función principal: de seis a nueve, de doce a quince... en fechas próximas; tal vez hasta veinticuatro o aún más en el futuro. La totalidad de la suma debe trascender, sin ignorar, a sus partes. Europa es como un bosque que no es concebible sin sus árboles, es decir, los pueblos que la componen. Pero la supervivencia de éstos sólo se garantiza... si se conserva, cuida y acrecienta el bosque.

#### Europa: una cultura cosmopolita, una civilización común

No puede hablarse de una "cultura europea" como tal, que englobe este proceso. Sí puede decirse que existe un "espacio cultural europeo" que acogería a las diversas culturas europeas dentro de una civilización común. La elucidación entre ambos conceptos, cultura y civilización, que ideologizados y nacionalizados formaron parte del sustrato intelectual de la Europa de preguerra (1914) y entreguerras (1918-1939), es siempre necesaria, pues muestra su complementariedad, más que su enfrentamiento.

Uno de sus híbridos actuales puede ser la "cultura de masas" (síntesis entre una cultura accesible a la mayoría y los recursos de una civilización tecnificada) que, significativamente, es la que se recoge de forma mayoritaria en la legislación comunitaria de la Unión Europea, por estar vinculada a los medios de comunicación. La tensión sería máxima en este punto. La manipulación demagógica de los conceptos "élites" y "masas" se presta a juegos peligrosos e induce a

tremendas confusiones. Si la Europa que se prefigura es una Europa nacida contra las hegemonías, el reto es doble: ni "élites" ni masas poseen el monopolio de la cultura europea (por supuesta *excelencia*, las primeras; por *exceso* de número, las segundas).

En cualquier caso, el *deseo de Europa* no puede quedar relegado dentro de los medios de comunicación a mera propaganda institucional. El *deseo* crea sus propios mecanismos de seducción y debe ser *europeo* más que *americano*, que es el que invade las casas europeas, comunitarias o no, con familiaridades de Kansas y Alabama. De América atrae, en gran medida, su simplicidad, en contraposición a la complejidad europea. La diversidad cultural europea, su riqueza, sorprenden y, en cierta forma, sobresaltan. Los peores riesgos que la atenazan consisten, por un lado, en su virtual fragmentación, su tribalización o nacionalización, que puede reducirla *ad absurdum* con gran facilidad y convertirla en *folklore*; y, por otro, el descenso hacia pautas culturales simples, que sólo busquen el halago incondicional de lo que se supone que es una hipotética mayoría manipulada.

La apuesta europea en el terreno cultural debe ser fuerte, audaz, decidida y, sobre todo, creativa. En juego está, en cierta forma, la concepción que se tenga del ser humano, en cuanto que éste sea susceptible de captar lo que de bello, bueno, verdadero... exista en el mundo, con independencia de su origen racial, social, cultural, económico, etcétera. Europa posee en sí misma un tesoro cultural único, que incorpora, además, una ingente cantidad de factores extraeuropeos que se han ido agregando a lo largo de los siglos. Nunca ha sido ni será un continente cerrado ni aislado: su propia disposición geográfica, abierta a los mares, lo hace imposible. Europa posee

enormes recursos humanos de la máxima calidad en el campo de la cultura; éste es y ha sido, en buena parte, su patrimonio histórico. En consecuencia, puede y debe moverse con soltura y seguridad en este terreno. Europa es *cualitativa*: sus cualidades hablan de su *calidad*. □

#### BIBLIOGRAFÍA

- ELIAS, N.: *El proceso de la civilización*. México, FCE, 1989 (versión española de Ramón García Cotarelo).
- KANT, E.: *Lo bello y lo sublime. La paz perpetua*. Madrid, Espasa-Calpe, 1984 (versión española de A. Sánchez Rivero y F. Rivera Pastor).
- KOHN, H.: *Historia del nacionalismo*. México, FCE, 1984 (versión española de S. Cossío Villegas).
- GELLNER, E.: *Cultura, identidad y política*. Barcelona, Gedisa, 1993 (versión española de Alberto L. Bixio).
- IM HOF, U.: *La Europa de la Ilustración*. Barcelona, Crítica, 1993 (versión española de Bettina Blanch).
- DOMENACH, J. M.: *Europe: le défi culturel*. París, La Découverte, 1990.
- CARACCILO, L. (ed.); DAHRENDORF, R.; FURET, F.; GEREMEK, B.: *La democracia en Europa*. Madrid, Alianza, 1993 (versión española de Diana Sagarra).
- ARENDET, H.: *Los orígenes del totalitarismo*, 3 vols. Madrid, Alianza, 1982 (versión española de Guillermo Solana).
- DAHRENDORF, R.: *Reflexiones sobre la revolución en Europa*. Barcelona, Emecé, 1991 (versión española de A. Bixio).
- FUKUYAMA, F.: *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, Planeta, 1992 (versión española de P. Elias).
- MORIN, E.: *Penser l'Europe*. París, Gallimard, 1990 (ed. revisada sobre la de 1987; existe versión española, *Pensar Europa*, en Barcelona, Gedisa, 1988).
- POPPER, K.: *El universo abierto*. Madrid, Tecnos, 1986 (versión española de Marta Sansibre).
- HAYEK, F. A.: *Camino de servidumbre*. Madrid, Alianza, 1976 (versión española de José Vergara).
- ADORNO, T. W.: *Gesellschaftstheorie und Kulturkritik*. Frankfurt/Main, Suhrkamp, 1975.

